

## CAPITULO XVIII.

GUERRAS DE ITALIA.

### GONZALO DE CÓRDOBA EN EL GARILLANO.

De 1503 á 1504.

Nuevo y grande ejército francés en Italia.—El mariscal La Tremouille.—Detiéndose en Parma, y por qué.—Muerte del papa Alejandro VI.—Pío III. y Julio II.—Dicho arrogante de La Tremouille, y su muerte.—El marqués de Mantua.—Avanza el ejército francés.—Medidas de defensa de Gonzalo de Córdoba.—Situase á orillas del Garillano.—Combates.—Puente de barcas.—Lucha terrible en el puente.—Posiciones de ambos ejércitos.—Lluvias, inundacion, trabajos, penalidades en las pantanosas estancias de los españoles.—Constancia y sufrimiento de las tropas.—Sublime modelo de paciencia del Gran Capitan.—Su objeto y sistema.—Poco aguante de los franceses por las privaciones.—Discordias en su campo: dimision del marqués de Mantua.—El marqués de Saluzzo.—Célebre batalla y glorioso triunfo de los españoles en el Garillano.—Rendicion de Gaeta.—Noble conducta del Gran Capitan.—Gonzalo en Nápoles.—Luto en Francia.—Indignacion y venganzas de Luis XII.—Miserable suerte de los franceses.—Tratado de Lyon.—Conclusion de la guerra.—Elogio de Gonzalo.

Dejamos al Gran Capitan con la flor de sus guerreros delante de Gaeta, donde se habia refugiado el comandante francés Ivo de Alegre con los restos del ejército derrotado en Ceriñola, y donde se habian

acogido los condes y barones del partido angevino ó francés. Anunciamos ya que de los tres grandes ejércitos que la Francia habia levantado para vengar el honor nacional abatido por el Gran Capitan en los campos de Ceriñola, uno de ellos, el mayor, fué destinado á Italia, juntamente con la escuadra que Luis XII. mandó aparejar en Génova para proteger aquella expedición y socorrer á los de Gaeta. Iba la escuadra á las órdenes del marqués de Saluzzo, el ejército á las del mariscal La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, y tal vez el primer capitan de Francia. Formaban parte de este ejército un brillante cuerpo de infantería suiza, otro de escogida caballería francesa, el mejor tren de artillería que hasta entonces se habia visto en Europa, multitud de nobles y caballeros de las mas ilustres casas de Francia; entre todos cerca de treinta mil hombres.

Cruzó este ejército la Lombardía en el estío de 1503, mas detúvose al llegar á Parma con la noticia que se recibió de la muerte del papa Alejandro VI. (18 de agosto), que si no alteró las relaciones de España, influyó mucho en la direccion y en las operaciones de los franceses (1). Porque aspirando el cardenal de

(1) «Murió, dice Mariana, de veneno con que el duque Valentin (el duque de Valentino, César Borgia, hijo del papa) pensaba matar algunos cardenales en el jardín del cardenal Adriano Corneto, donde cierto día cenaron, y conforme al tiempo se es-

canció asáz. Fué así que por veros los ministros trocaron los frascos, y del vino que tenían infundido dieron de beber al papa y al dicho cardenal. El duque luego que se sintió herido, ayudado de algunos remedios y por su edad escapó: en particular dicen

Amboisse, ministro favorito de Luis XII. á ocupar la silla pontificia, se dió orden al ejército francés para que avanzara hácia Roma. Indignó este movimiento al colegio de cardenales, interpretándole como dirigido á coartar la eleccion. Mas el Gran Capitan, ya escitado por el valeroso César de Borgia, duque de Valentinois, que empezaba á declararse por el Rey Católico, ya con pretexto de proteger la libertad del cónclave, envió tambien á la Ciudad Santa una hueste mandada por Próspero Colona y por Diego de Mendoza, Las pretensiones del cardenal francés quedaron frustradas: se proclamó al cardenal de Sena, que tomó el nombre de Pio III.; pero habiendo falle-

»que le metieron dentro del vientre de una mula recién muerta, aunque la enfermedad le duró muchos dias. El papa y cardenal como viejos no tuvieron vigor para resistir á la ponzoña. Tal fué el fin del pontífice Alejandro que poco antes espantaba al mundo, y aun le escandalizaba.» Historia de España, lib. XXVIII. capítulo 2.

»Espiró este pontífice, dice Prescott, siendo segun toda probabilidad victima de un tósigo que él mismo habia hecho preparar para otros, y concluyendo asi una vida infame con una muerte no menos ignominiosa.» Reyes Católicos, part. II. c. 44.

»Murió, dice Zurita, del mismo veneno que el duque su hijo quiso dar al cardenal Adriano...» Y cuenta la misma historia de Mariana, Rey don Hernando, lib. V. c. 42.

Casi todos los historiadores refieren de la misma manera la muer-

te del papa Alejandro VI. Tal vez lo fueron tomando del florentino Guicciardini, escritor contemporáneo, que lo dejó así escrito en su Historia de Italia, lib. VI.—Aunque no hay quien pueda negar los testimonios contestes de los escritores sobre las desarregladas costumbres con que Alejandro manchó la pureza y dignidad del sòlito pontificio, no faltan quienes afirman que fué una invencion esto del envenenamiento y de la equivocacion de botellas, asegurando que murió de fiebre en su lecho. Ello es que en los Dietarios de los papas que se guardan M.SS. en el archivo del Vaticano, letra L., se lee la muerte de este pontífice como producida por enfermedad, y no se habla nada de veneno. Véase Papebrochius, Conat. Cronolog. part. II. pág. 143.—Artaud de Montor, Vidas de los papas.—Abarca en los Reyes de Aragon, tom. II. p. 143.—Ortiz, en las Notas á Mardana, edic. de Valencia.

cido el nuevo pontífice al mes de su exaltacion (1), fué elegido para sucederle en la silla apostólica el cardenal de San Pedro con el título de Julio II., hombre de genio turbulento y belicoso, el menos apropiado para restituir á Italia la paz de que tanto necesitaba, y por la cual Pio III. habia comenzado á trabajar.

Visto el resultado desfavorable de la eleccion, el ejército francés continuó su marcha al reino napolitano. Tal era la confianza que llevaba La Tremouille, que no tuvo reparo en decir: «*Daria yo veinte mil ducados por hallar al Gran Capitan en el campo de Viterbo.*» Sabido lo cual por el embajador español en Venecia, Lorenzo Suarez de la Vega, respondió con mucho donaire: «*El duque de Nemours hubiera dado doble por no encontrarle en el campo de Cerinola.*» Pero no llegó el caso de que se vieran estos dos guerreros. Una enfermedad que acometió al mariscal francés y que le acarreó la muerte, privó al ejército de aquella nacion

(1) Este papa en su breve pontificado confirió á don Fernando el Católico la investidura del reino de Nápoles, y se mostró muy adicto al monarca español. Con este motivo Fernando escribió una carta á su embajador en Roma, don Francisco de Rojas, encargándole diese gracias al pontífice por el amor y buena voluntad que le mostraba y le asegurase de la suya. En ella le hablaba de los excesos de su antecesor Alejandro VI. en los términos siguientes: «Diseis-me que hubimos mucho placer de que él fuese elegido en sumo pontífice, porque segun Alejan-

dro su antecesor dejó fuera de órden las cosas de la iglesia romana y muchas de la iglesia universal, bien era menester que sucediese en la silla apostólica persona de tanta esperiencia y prudencia como Su Santidad es, para que supiese conocer y enmendar los yerros de aquel, y restituyese á la silla apostólica y á la Iglesia la religion, órden y buenas y santas costumbres, como esperamos que S. S. hará con ayuda de Nuestro Señor... etc.»—Esta carta se inserta íntegra en el Semanario erudito de Valladares, tomo XXVIII. p. 173 y sig.

de su mejor y mas acreditado caudillo, reemplazóronle en el mando el marqués de Mantua, noble caballero italiano, experimentado en la guerra, pero cuyo genio no estaba á la altura de el del capitan español con quien se iba á medir. Habian perdido los franceses mucho tiempo delante de Roma, y Gonzalo le aprovechó bien para reforzar su escasa hueste con las tropas que pudo reunir de Calabria. Sin embargo, halló en Gaeta una resistencia á que no estaba acostumbrado. Haciante de la plaza un fuego mortífero: una bala de cañon le arrebató á su amigo don Hugo de Cardona, uno de los vencedores de Aubigny en Seminara, con quien el Gran Capitan estaba hablando. Habia llegado á la plaza el marqués de Saluzzo con cuatro mil hombres, y Gonzalo tuvo por conveniente alejarse un poco del campo de Gaeta y retirarse á Castellone, donde supo que los franceses habian pasado el Tiber.

Todas las fuerzas del Gran Capitan, incluso dos ó tres mil ~~franceses~~ franceses, italianos y alemanes que el embajador Francisco de Rojas pudo reclutarle y enviarle de Roma, no pasaban, ni llegaban tal vez á doce mil hombres. Triple por lo menos era el número de los franceses, contando la guarnicion de Gaeta; la artillería y caballería de estos aventajaba en mucho á la española; Gonzalo tenia su mayor confianza en el valor, la firmeza y la disciplina de su infantería, anfaestrada por él mismo. De todos modos no era prudente aventurar una batalla en campo raso con fuerzas tan des-

iguales. Discurrió, pues, mientras no le llegáran mas refuerzos, tomar una posicion en que pudiera contener la marcha del enemigo, y se situó á orillas del rio Garillano, en un lugar llamado San German, defendido por las dos fortalezas de Monte Casino y Roca Seca, cuya defensa encomendó á Pizarro, Zamudio y Villalba (octubre). Pronto se divisaron las columnas francesas, que vadeando el rio se presentaron orgullosamente delante de Roca Seca. El marqués de Mantua envió por un trompeta á requerir á los capitanes españoles que saliesen á pelear sin querian ser hechos pedazos. La respuesta de los españoles fué coger al trompeta y ahorcarle de un olivo. Entonces comenzó un furioso combate contra el fuerte, pero rechazados siempre los franceses en todos sus ataques con poca pérdida, tuvo á bien el de Mantua retroceder y repasar el rio, para volverle á cruzar otro dia por otra parte, y dar nuevas acometidas sin alcanzar mas ventajosos resultados.

Larga tarea sería, y mas propia de una historia particular que de la nuestra, describir los repetidos combates que en todo aquel mes de octubre sostuvieron Gonzalo y sus valerosos capitanes á orillas del Garillano contra todo el ejército francés casi siempre con igual éxito, desesperando al marqués de Mantua y á sus generales. Determinó ya éste descender hasta la desembocadura del rio, construir un puente de barcas al abrigo de su artillería que dominaba el terreno ba-

jo de la parte opuesta, é inutilizaba los esfuerzos que por estorbarlo hacian los pocos españoles que en ella se hallaban. Concluido el puente (6 de noviembre), y acometida y dispersada la pequeña guardia española, apercibido Gonzalo del peligro por los dispersos, monta á caballo, hace tocar el clarín de batalla, recorre á galope las filas, ordena las huestes, y marchando él delante de todos y siguiéndole Fabricio Colona, Navarro, Paredes, Zamudio, Andrade y Moncada, va á encontrar á los franceses, y Gonzalo toma una alabarda de sus soldados. Colona se precipita el primero sobre ellos, y los hace retroceder sobre el puente. Revolvieronse allí unos con otros peleando brazo á brazo, y haciendo inútil la artillería enemiga en aquel trance, porque hubiera hecho igual estrago en los unos que en los otros. Muchos cayeron precipitados en el rio, cuya aguas se vieron cubiertas de hombres y caballos ó muertos y arrastrados por la corriente, ó moribundos que pugnaban en vano por ganar la orilla. Pero los franceses podian ser fácilmente reforzados, mientras las columnas españolas que acudian en auxilio de los del puente recibian al descubierto los tiros de la artillería francesa, y bien que los sufriesen con tan poco cuidado de sus personas cual si fuesen, como decia el marqués de Mantua, «espíritus aéreos y no hombres de carne y hueso,» el estrago era grande, y faltos de apoyo los del puente y rendidos de cansancio y de matanza, abandonaron aquel al ene-

inigo, que no hizo sino retirarse á su campamento <sup>(1)</sup>.

Habia dicho antes el marqués de Mantua á Ivo de Alegre: «No sé cómo os dejásteis desbaratar en Cerinola por aquella canalla» (asi Hamaba á los españoles). Despues del combate del puente le decia Alegre al de Mantua: «Estos son los españoles que nos desbarataron: considerad ahora lo que es esa canalla que decís.» La prueba en verdad habia sido sangrienta, y absteniase ya el de Mantua de tomar la ofensiva, mientras los campeones españoles solian salir á retar á los franceses á cuerpo descubierto en el puente mismo. Un dia picado Garcá de Paredes por algunas espresiones del Gran Capitan, se apeó de su caballo, embrazó un yelmo, tomó un montante, y se entró solo por el puente, diciendo en altas voces que allí estaba para hacer prueba de su persona con los que quisiesen pelear con él. Acudieron bastantes franceses, defendiase de ellos el campeón español con admirable bravura, y al fin se retiró ileso, protegido por algunos soldados que fueron en auxilio de su capitan. La cobardía ó la traicion se castigaba en el campo español horriblemente. O por lo uno ó por lo otro se apoderaron un dia los franceses de la torre del Garillano, fortaleza que podia defenderse con solos diez hombres. Los que la ha-

(1) Cron. del Gran Capitan, Epist. ep. 269.—Zurita, Rey don lib. II. c. 106.—Paolo Giovio, Vita. Illustr. Vir.—Guicciardini, Ist. lib. VI.—Garnier, Hist. de France, tom. V.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 188.—Mártir, Opus. Hernando, l. V. c. 57 á 60.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II. Rey XXX. c. 14.—Quintana, Vida del Gran Capitan, pág. 286 y sig.

bian rendido se presentaron en el cuartel de Gonzalo dando mil excusas, y fué tanta la indignacion que causó en los soldados aquel acto de traicion ó de cobardía, que con sus picas hicieron pedazos á todos aquellos miserables que no habian sabido morir en su puesto. Gonzalo vió en esto la resolucion de que estaba animada su gente, y no lo castigó.

Observábanse los dos ejércitos de uno y otro lado del rio, y toda Italia, ó por mejor decir, toda Europa tenia la vista fija en ellos. El terreno que ocupaban los españoles era bajo y pantanoso. Las grandes lluvias que sobrevinieron hicieron salir de su cauce el Garillano, y sus aguas acabaron de convertir el campamento en un lodazal: á fuerza de ramas de árboles, de piedras y de maderos podian los soldados poner un débil reparo á las aguas, que ó rebalsaban ó crecian. Las miserables chezas que levantaban eran destruidas por los vientos y los aguaceros de un invierno crudo: los víveres escaseaban, faltaban las pagas y picaban las enfermedades. No solamente los soldados, sino los mas valientes capitanes sentian decaer su ánimo en tan deplorable y triste situacion, y los Colonas, Mendoza y otros de igual crédito juzgaron prudente esponer á su general lo insoportable de aquel estado, suplicándole que por lo menos hasta que templase el rigor de la estacion levantára el campo, y diera un alivio á sus tropas pasando á Cápua, donde habia cuarteles y mejor proporcion de mantenimientos. Gonzalo

les dejó hablar, y luego que concluyeron, *«permanecer aqui, les dijo, es lo que conviene al mejor servicio del rey y al logro de la victoria; y tened entendido que mas quiero la muerte dando dos pasos adelante que vivir cien años dando uno solo hácia atrás.»* La severidad de la respuesta convenció á gefes y soldados de que no les quedaba otro remedio sino sufrir y esperar. Solo mitigaba su sufrimiento el ver al Gran Capitan tomar parte en las fatigas, en los padecimientos y en el servicio como el último soldado. Su ejemplo los hacia enmudecer. Gonzalo confiaba en la robustez y en la constancia de los soldados españoles; estaba seguro de su adhesion, y esperaba triunfar á fuerza de sufrir.

El terreno que ocupaban los franceses era mas elevado y menos insalubre: tenian donde guarecerse, y se distribuian y albergaban por los lugares comarcano. Pero escaseábanles los víveres por la mala fé ó la mala administracion de los contratistas y proveedores, y la crudeza de la estacion se les hacia insoportable. Resueltos y decididos los soldados franceses para acometer y pelear en batalla, pero poco sufridos en las privaciones, trabajos y penalidades que exigen paciencia y robustez, desfallecian pronto, y la intemperie y las enfermedades hacian en ellos mas estragos que en los españoles. El descontento les hacia prorrumpir en quejas y acusaciones contra el marqués de Mantua, de quien nunca habian sido devotos; los sol-

dados se insolentaban con él y le insultaban con difamantes epítetos, y los gefes mismos, aunque en términos menos groseros, le dirigian atrevidas increpaciones, que al fin obligaron al de Mantua á resignar el mando y abandonar un ejército que así menospreciaba su autoridad. Sucedióle el marqués de Saluzzo, italiano también, pero que gozaba reputación de inteligente y activo. La primera operación fué fortificar la punta del puente, y su primer cuidado restablecer la disciplina y la subordinación: sin embargo, el marqués de Mantua había dejado algunos adictos en el ejército, y los descontentos del cambio se desertaban sin que bastára la vigilancia del nuevo gefe á contenerlos.

Habían negociado en este intermedio entre el Gran Capitán y Francisco de Rojas, embajador en Roma, traer á su partido la poderosa familia de los Ursinos, enemiga mortal de los Colonas que estaban al servicio del monarca español y de Gonzalo. Y negociáronlo tan á satisfacción, que reconciliadas las dos ilustres y rivales familias, se presentó en el campamento español á la cabeza de tres mil hombres el gefe de los Ursinos Bartolomé Albiano, militar valiente y esperto, el cual desde luego comenzó á escitar á Gonzalo á que aprovechando el refuerzo que le llevaba tomára ya la ofensiva y atacára al enemigo en sus mismos reales. El plan de Albiano era echar un puente para cruzar el río á cuatro millas mas arriba de donde tenían el

suyo los franceses. Gonzalo calculó sus fuerzas, contando con las bajas que suponía habría tenido el enemigo; aprobó el plan de Albiano, y le encomendó la obra del puente. Con prodigiosa celeridad y no menos admirable silencio se echaron sobre el río barcas, toneles y ruedas de carros, trabado todo con maromas, y la noche del 27 de diciembre se hallaba ya transitable. Gonzalo dispuso lo demás, y pasó el río la mayor parte del ejército. A la mañana siguiente se encaminaba al campamento francés. Llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba: guiaba el centro el Gran Capitán; la retaguardia, que quedó del otro lado del río, al mando de Andrade, había de cruzarle por el puente mismo de los franceses, forzando el fuerte que defendía su cabeza.

Todo se ejecutó así. Nada podía sobrecoger mas al marqués de Saluzzo que la noticia que recibió de que el ejército español había cruzado el río y avanzaba rápidamente á su campo. Faltóle tiempo para reunir su gente y disponer con la mayor precipitación su retirada á Gaeta. Temerario Gonzalo de que se le escaparan, envió delante á Próspero Colona con la caballería ligera para que les embarazára la huida. Los franceses se retiraban en buen orden, pero costábales inmenso trabajo arrastrar la artillería gruesa por un terreno fangoso y movedizo. Colona alcanzó la retaguardia enemiga, mas como en ella fuesen Bayard, La Fayette, Sandricourt y los mas briosos caballeros

franceses, era forzoso sostener frecuentes y personales combates en los pasos mas difíciles y estrechos. Llegaron así los franceses al puente que está delante de Mola di Gaeta. El marqués de Saluzzo mandó hacer alto en aquella fuerte posición para hacer frente al enemigo. Allí se trabó una lucha terrible. Los caballeros franceses arremetían denodadamente á las filas españolas. Bayard, el caballero sin miedo y sin tacha, siempre en el puesto de mas peligro, perdió tres caballos, y en una ocasión se adelantó tanto que con mucha dificultad pudo librarle de caer en manos de los españoles su amigo Sandricourt dando una carga vigorosa. Estos combates dieron lugar á que llegara Gonzalo con sus hombres de armas á tiempo de sostener las vacilantes columnas españolas. A la presencia del Gran Capitan se reanimaron los nuestros. Hubo un momento de sobresalto general. El caballo de Gonzalo resbaló y cayó con su jinete: felizmente se levantó sin lesión, y volvió á sus soldados repitiendo jovialmente las palabras de César en una ocasión semejante: *«Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.»*

Llegó en esto la retaguardia que al mando de Andrade habia cruzado por el puente de abajo, y el esforzado general español mandó á los tres cuerpos de su ejército embestir al enemigo por tres puntos diferentes. Aterrados, envueltos y atropellados los franceses, huyeron desordenados y dispersos, abandonando artillería, banderas, acémilas y bagages, acosados por

la caballería ligera española, atajados por grupos que les cortaban el camino, y sufriendo horrible degüello y estrago (29 de diciembre). Los que pudieron librarse de las espadas españolas lograron entrar en Gaeta, y Gonzalo acampó aquella noche en la inmediata villa de Castellone (1 1/2 legua), donde dió á sus soldados el descanso de que tanto habian menester, despues de haber andado y peleado todo el dia en un terreno blando y fangoso y en medio de una lluvia incesante. Los franceses habian dejado en el campo de tres á cuatro mil hombres, con cerca de otros tantos de baja entre prisioneros y estraviados, y perdido aquel magnífico tren de artillería que era la admiración de Europa y que parecia hacerlos invencibles.

Tal fué la famosa rota de Garillano, el mas completo y el mas importante triunfo que ganó Gonzalo de Córdoba, y con el cual acabó de merecer el renombre de Gran Capitan, porque nada se debió á la fortuna, todo á la capacidad é inteligencia del caudillo español, todo á la constancia con que supo mantenerse por espacio de cincuenta dias delante del enemigo sufriendo penalidades y trabajos para recoger en un dia dado el fruto de su calculada perseverancia. La Italia vió en este dia deshecho y anonadado aquel poderoso ejército, cuyo número y cuyo aparato parecia iba á absorber y derrotar en un momento cuanto se le presentara y opusiera (1).

(1) Guicciardini, Istoria d'Italia, lib. VI.—Garnier, Hist. de

Al siguiente día muy temprano marchó el Gran Capitan sobre Gaeta, plaza bien fortificada y abastecida, protegida además por una escuadra que podia llevar á su numerosa guarnicion cuantos auxilios necesitara de los vecinos puertos. Pero tenia dentro de sí misma el enemigo mayor y mas terrible, á saber, el desaliento y el espanto de la derrota de la víspera. Asi fué que los defensores del Monte Orlando, altura que domina la ciudad, rindieron aquella fuerte posicion antes de dar lugar á que se disparase un tiro; y no bien habia Gonzalo sentado su artillería, cuando los de Gaeta le ofrecieron la rendicion con tal que les otorgara ciertas condiciones, á que el general español no tuvo reparo en acceder. Firmóse, pues, la capitulacion (1.º de enero, 1504), la cual contenia sencillamente: que los franceses evacuarian la plaza, entregando á los españoles la artillería y todos los pertrechos de guerra: que se restituirian mutuamente los prisioneros de ambas campañas: y que á las tropas francesas se les daría libre paso por mar ó por tierra para volverse á su pais. Nada se dijo en ella de los italianos que servian en el ejército francés, y en su virtud Gonzalo, como no comprendidos en la capitulacion, los envió á las prisiones del castillo Nuevo de Nápoles. Severo solamente con estos, mostróse Gonzalo con los franceses generoso, atento y cortés en estre-

France, tom. V.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 490.—Cron. del Gran Capitan, lib. II. c. 440.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V. c. 60, y los demás antes citados.

mo; elogió su valor, alivió su suerte cuanto pudo, é hizo cumplir la capitulacion tan escrupulosamente, que como viese que un soldado suyo intentó arrancar á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, se lanzó al soldado con la espada desnuda y hubiérale atravesado si el delincuente no se hubiera arrojado al mar. Con esto ganó Gonzalo gran fama entre los que acababan de ser sus enemigos, y llamábanle *gentil capitan y gentil caballero*.

No se detuvo el vencedor en Gaeta sino los dias necesarios para dar algun descanso á sus tropas; al cabo de los cuales, dejando el gobierno de la plaza á Luis de Herrera, dirigióse á Nápoles, donde hizo una entrada triunfal, que faltó poco para que se convirtiera en llanto y desolacion, por la aguda enfermedad que le sobrevino, efecto sin duda de las fatigas y padecimientos anteriores, y que le puso á punto de dardarse de su vida. Entonces se vió la popularidad de que gozaba el vencedor ilustre. Durante los dias de peligro se hicieron por él rogativas y votos en todas las iglesias y monasterios de Nápoles. Cuando se supo que la robustez de su naturaleza habia triunfado de la enfermedad, el pueblo se entregó á un loco regocijo. Todos le felicitaban y aplaudian, y los poetas le tributaban loores, aunque hubiera sido de desear que la grandeza del héroe hubiera encontrado mas dignos intérpretes y mejores plectros <sup>(4)</sup>. Restablecido Gon-

(4) No se lucieron en verdad en esta ocasion Mantuano, Canta-